

lado, la capilla románica de Porqueras ponía una pincelada de oro entre los verdes oscuros de la montaña.

Después de comer descansamos, en alegre grupo, sobre una alfombra mágica que no pudo volar por exceso de viajeros; pero que hizo las delicias de todos como marco de un ping-pong rápido de palabras y frases llenas de buen humor y acogidas siempre con alegres risas.

De pronto, sobre las risas, el lago y las verdes montañas, se escuchó un trueno lejano y prolongado. Luego otro y otro. El agua se puso gris y se rizó en pequeño oleaje airado. Fué el momento ideal para jugar a la pelota que, con ganas de jugar con sus jugadores se lanzó al lado a descansar de las patadas; y para rescatarla hubo que formar una cadena humana y humorística que, no con pocas peripecias, logró salvarla del agua. Un breve chaparrón puso fin a los juegos y a nuestra estancia en Bañolas.

Dejamos Figueras atrás y seguimos una carretera infernal para llegar a Vilabertrán y poder admirar su abadía mientras el profesor señor Verrié, un joven más entre los componentes de la excursión, iba exponiendo sus grandes conocimientos de arqueología, con una facilidad de palabra y agudeza claridad de juicio, de los que siguió dando pruebas a lo largo de toda la excursión, en cuantos lugares se presentaron a ello.

Por la noche acampamos cerca del río Muga, en un prado limpio, con aire y color de nuevo y abrazado dulcemente por dos riachuelos infantiles y tímidos.

Empezábamos a cenar cuando —hecho importantísimo— de la gramola salieron las primeras notas del schotis "Madrid". La voz de Ana María González se adueñó del campamento y de todos los oídos, repitiendo la castiza letra cientos de veces incansable y expresiva. Por lo inspirado de su música, la sal de su letra, la admiración que a este magnífico schotis le tienen los señores Juan Garrell y Juan Carbó, y porque no disponíamos de otro disco, se transformó en el himno perpetuo del campamento y fué el toque de silencio —precedido de una rápida aparición fantasmal— y, la diana del día siguiente en cuyos momentos arrancó muchas exclamaciones y no precisamente de admiración, coreadas por la risa inconfundible de José M.<sup>a</sup> Riera, autor del castizo toque, que sonó a las 5 de la madrugada.

Al mediodía visitamos el Castillo y las Cavas de Perelada. Sí, sí: mucho parque, estanque, recuerdos de siglos pasados y comodidades presentes, una gran biblioteca donde Fina y María Paz se encuentran a sus anchas; pero, como dijo el señor Verrié:

"Perelada es un engany,  
perque no ens donen champany".

A la hora del baño estábamos, rodeados de moscas, en la playa de Rosas. ¡Qué bueno estaba el mar! Water-polo con trompas, luchas acuá-